** Asociación de Profesores de Literatura del Uruguay**

**“QUIJOTE Y JULIETA. ¿ERAN OTROS TIEMPOS?”**

**Santiago Cortés**

El hermeneuta fenomenológico francés Paul Ricoeur en su ensayo “Del texto a la acción”, de 1986, y tras un minucioso examen de la fenomenología de Husserl, de Schleirrmacher, de la hermenéutica de Heidegger, de la estética de la recepción, de Dilthey, de Gadamer, propone una «hermenéutica de la distancia y de la apropiación», de la cual surge una teoría cuyo paradigma es el texto como discurso fijado por la escritura.

Echemos un fugaz vistazo a Ricoeur:

El discurso escrito, y como caso particular de él, el libro, separa en dos vertientes el acto de escribir y el de leer. El lector está ausente en la escritura y el escritor está ausente en la lectura. El texto produce así un doble ocultamiento: del lector y del escritor, y de esta manera sustituye la relación de diálogo que une inmediatamente la voz de uno con el oído del otro. La intención del autor ya no está inmediatamente dada, como pretende estarlo la del hablante, cuando se expresa en forma sincera y directa.

Entretanto el discurso escrito, una vez emitido, sufre un primer distanciamiento de la intención del autor y cobra independencia con respecto a él. Mediante la escritura el discurso adquiere una triple autonomía semántica: respecto de la intención del hablante, de la recepción del público primitivo y de las circunstancias económicas, sociales y culturales de su producción.

En la medida en que esto sucede, el problema esencial para el lector ya no consistirá en encontrar detrás del texto la intención perdida, sino en desplegar ante el texto el mundo que éste abre y descubre. El texto ahora es una realidad metamorfoseada en la cual el lector, al tomar la obra, se introduce con tal de interpretarla. E “interpretar” es para Ricoeur explicitar el tipo de “ser en el mundo” desplegado ante el texto. El texto debe poder descontextualizarse para recontextualizarse en una nueva situación mediante el acto de leer.

Todo discurso está dirigido a otra persona. Esto marca la entrada en escena de la subjetividad del lector, que en el proceso de comprender el texto tiene frente a sí el mundo de la obra. Ninguna de las dos subjetividades, ni la del autor ni la del lector, tiene prioridad en esto. Comprender un texto no es imponerle nuestra capacidad finita para ello, sino exponerse al texto y recibir de él un yo más vasto que es “la cosa del texto”. Comprender es comprenderse ante el texto, tanto que sería justo decir que el yo del lector, está constituido por la cosa del texto una vez que el lector se desapropia de sus prejuicios como tal, frutos a un tiempo de anteriores lecturas y de las expectativas con las que el lector aborda y recibe el texto, y con él las condiciones de un sí mismo distinto del yo que se pone a leer. La apropiación del texto por parte del lector, entendiendo esto como su aplicación a la situación presente de aquel, acaba en la interpretación de sí por parte de un sujeto que desde entonces se comprende mejor, y muchas veces, empieza a comprenderse. Pero esto solo se convertirá en algo suyo si se desapropia de sí mismo, si cambia el “yo”, dueño de si, por el sí mismo, discípulo del texto. Este proceso es también otro distanciamiento, es distanciamiento de uno respecto de si mismo y, como se ve, está dialécticamente ligado al concepto de “apropiación”, por ser su contrapartida.

Gracias al distanciamiento por la escritura, la apropiación ya no tiene ninguno de los rasgos de afinidad afectiva con la intención del autor. Es todo lo contrario de la contemporaneidad y de la congenialidad, es comprensión por distancia. Por todo lo dicho, el distanciamiento es constitutivo del fenómeno del texto como escritura, siguiendo a Paul Ricoeur, y es condición para su interpretación.

Estas ideas cobran especial interés en el dominio de lo literario, donde toda referencia a la realidad dada podría bien ser suprimida. Leamos a Ricoeur: “los textos – principalmente los literarios – son sin duda, conjuntos de signos que cortaron poco o mucho sus vínculos con las cosas que se supone que designan”. Pero como no existe un discurso tan ficticio que no se conecte de alguna forma con la realidad, la anulación de una referencia de primer grado operada en lo literario, hace que sea liberada una referencia segunda que se conecta con el mundo, no solo ya en el nivel de los objetos manipulables, sino en el nivel del “ser en el mundo”, que en lo ficcional no aparece como “ser dado” sino como “poder ser” Esta dimensión referencial es absolutamente original de la obra literaria ya que el “mundo del texto” del que se habla constituye un nuevo tipo de distanciamiento en la dimensión de lo literario. Es el distanciamiento que la ficción introduce en nuestra captación de lo real, y que se podría decir de lo real consigo mismo Es esencial para una obra literaria que trascienda sus propias condiciones psicosociológicas de producción y que se abra así a una serie ilimitada de lecturas situadas en contextos socioculturales diferentes.

Echemos un vistazo a nuestra labor:

Ricoeur parece, al menos en esta zona de su obra, detenerse solo en el hipotético “lector en el sillón”, descuidando otra interesante posibilidad como sin dudas lo es el enfrentamiento de un lector - estudiante con el texto en el aula, caso que nos convoca, que es nuestro centro y que, a falta de otra denominación, podríamos bien llamar “lector en el aula”. Por otra parte el profesor de literatura como “primer lector”, “lector autorizado”, “lector en el sillón” que no deja nunca de ser, o como cualquiera sea la concepción que tenga sobre su profesión, parece haber corrido la misma suerte en esta zona del pensamiento de Ricoeur. Cabe que nos preguntemos: ¿Cuál sería nuestro rol en todo esto?

A este interrogante respondemos con una temeraria postulación de un rol del profesor como “articulador” en los procesos de distanciamiento y apropiación del texto por parte de cada “lector en el aula” respecto del “ser en el mundo” presente en cada una de estas obas. La realidad nos enseña que cuando el estudiante se enfrenta a Cervantes, como a Quevedo, como a Shakespeare, en clase no está solo, pues su lectura es ya condicionada por el distanciamiento y la apropiación del texto que previamente ha realizado el profesor como lector.

Y tras ello vienen otras interrogantes, estas en la particular ocasión de los clásicos de 1616:

¿Cuáles serian las condiciones de una más deseable trasposición didáctica en nuestros días? ¿Cómo se distancia de sí mismo el “lector en el aula” de estos clásicos? ¿Cómo se apropia del “ser en el mundo” del cual son portadoras estas obras? Y lo más importante: ¿Quién lee el 1616 hoy?

Echemos un vistazo ahora a nuestros estudiantes:

Palabras como “posmodernismo vacilante”, “sociedad de consumo”, “consumismo”, “globalización”, “cultura del reciclaje”, “desencanto”, empiezan a nos cruzársenos por la mente apenas con querer esbozar cierta categorización de las generaciones de estudiantes que hoy recibimos en nuestros liceos: treinta jóvenes por aula, que son treinta historias personales, cada una con su facebook y su whats app. De sus horizontes pueden haber desaparecido las figuras carismáticas, subrogadas por infinitos ídolos que duran hasta que surge algo más novedoso y atractivo. Cierto relativismo imperante, al igual que un fuerte subjetivismo, impregna su mirada de la realidad a tal punto de desdibujar la aceptación del éxito como una segura consecuencia del esfuerzo. Nuestro estudiante de quinto año hoy es también un potencial consumidor, en esta etapa avanzada del desarrollo industrial capitalista que hemos denominado “sociedad de consumo”. Pautan su tiempo la adquisición masiva de bienes y servicios, aún en sus momentos de ocio, con la intención de saciar deseos de status, o satisfacción personal. Lo que alguna vez fue sinónimo de prestigio, como lo es la posesión de objetos que duraran toda la vida, dio paso ahora a un sistema donde los objetos son casi desechables, pues la sociedad de consumo acorta la vida de los productos, convirtiéndolos en obsoletos cuando el consecuente desarrollo de la [tecnología](https://es.wikipedia.org/wiki/Tecnolog%C3%ADa) los sustituye por otros más avanzados o con más y mejores prestaciones. Para nuestro estudiante, la mochila del pasado año ya es vieja aunque no sepamos por qué, y el celular de este año ya no lo usarán el que viene, cuando el mercado les proponga un nuevo modelo. Los credos, los valores [colectivistas](https://es.wikipedia.org/wiki/Colectivista) y [tradicionalistas](https://es.wikipedia.org/wiki/Tradicionalista) causan hoy desinterés y van perdiendo terreno ante el [individualismo](https://es.wikipedia.org/wiki/Individualismo) de la [sociedad abierta](https://es.wikipedia.org/wiki/Sociedad_abierta). Los medios de comunicación clásicos, en especial la prensa escrita, pierden su influencia frente al “quinto poder” que es la producción colaborativa de información en internet.

En ese torbellino vertiginoso de vínculos virtuales (también en su exacto sentido de “opuesto a reales”), donde todo se mediatiza y se posterga, y donde hasta la más compleja y rica de las relaciones entre los hombres, como lo es el amor, puede convertirse en un simple formato de reality show, está inmerso nuestro joven, y a veces sufre.

En la subjetividad de cada estudiante irrumpe de pronto un hidalgo manchego del siglo XVI llamado Alonso Quijano. Acometerá éste la aventura de asumir la identidad de un caballero andante, cuando hace ya mucho que esta modalidad caballeresca ha sido perimida en su ámbito. Pocos elementos tenemos para cotejar lo que el texto nos presenta luego del “desarraigo” respecto de su autor, con nuestro entorno inmediato. ¿Será Quijano para nuestros estudiantes algo así como un agricultor soltero, ya entrado en años y amante de la lectura? Esto no nos exige un pacto ficcional extremo. Si fuese contemporáneo, este protagonista de novela pasaría las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio navegando en internet. Pero sucede que el mismo no vivió ni murió en el Uruguay del siglo veintiuno. El ocio lo lleva no a consumir sino a la lectura, y la lectura ensancha los límites de su fantasía. Siguiendo a Ricoeur, nuestro “lector en el aula” es un ser “arrojado en el mundo del texto que se orienta en él proyectando sus posibilidades más propias”. ¿Pero cuáles son estas posibilidades? Esto es: ¿Cuál puede ser la aplicación de significados a su vida?

Por la misma época, pero en Verona, dos jóvenes nobles en un muy breve diálogo en medio de la noche sellan su amor y su vida juntos. Nada más que cuatro días durará la dolorosa historia de Julieta y su Romeo. Su lectura durará cuatrocientos años. Permitámonos pensar que opere mal, o que no opere, el “distanciamiento” huseerliano: “Si Julieta Capuleto es una joven noble veronesa del siglo XV, entonces no tiene nada que ver conmigo”, tal puede ser la lectura con la que una joven de algún liceo uruguayo reciba a nuestra heroína amatoria.

[EmnEhPero es posible que se articulan ante ambos textos otras posibilidades de apropiación: Don Miguel de Cervantes se ha cuidado de hacerle saber al lector que la situación económica de Alonso Quijano es lo suficientemente holgada como para vender tierras productivas para comprar libros con lo obtenido. Sin embargo este hidalgo, cuando decide salir por los caminos de España a emprender aventuras que claramente sobrepasaran su capacidad física poniéndola en riesgo, no adquiere otro caballo ni encomienda que le forjen una nueva armadura, sino que, ex profeso, decide montar su viejo y deteriorado rocín. Y serán las mismas armas que él atesora de sus ancestros, aquellas en las cuales sabrá buscar y podrá encontrar su “utilidad” pero en el más noble sentido de esta palabra. Poco más mueve a Quijote que no sea su capacidad de descubrir lo mejor de seres y cosas, y extraerlo luego de ellos. No otra cosa ocurrirá con las personas que lo rodean, cuando redima a la aldeana Aldonza Lorenzo para proyectar en ella y desde ella a su Dulcinea del Toboso, o cuando sepa encontrar cuánto hay de un auténtico escudero en su buen vecino, el labrador Sancho Panza. Miguel de Unamuno ha querido destacar el poder reciclador de almas que ejerce la gran bondad de Don Quijote cuando el hidalgo cree y quiere ver doncellas en las mozas del partido, y más allá de la hilaridad logra que las mozas se sientan por un instante doncellas, al punto de provocar en ellas instintos maternales cuando lo atiendan en la venta, entablando con el caballero una relación casi de madre a hijo.

. Así interpretados, Quijote – obra y personaje - también pueden constituirse en adelantados de la cultura del reciclaje, propuesta alternativa a la tan acostumbrada “obsolescencia provocada” de nuestros días. Podemos ir más lejos: Quijano es un adelantado de la cultura del reciclaje no solo de cosas sino también de seres, entre los cuales está él, y de la misma literatura que es su causa y su consecuencia. Otro relativismo – esta vez, sabio - lleva a Quijote y a Quijano a ver jaeces en albardas y yelmos en bacías. Contra el desencanto probable de nuestros actuales lectores, propone la novela un héroe al que podrán los encantadores quitarle el éxito pero no el esfuerzo, como sucede en la aventura de los leones, claro ejemplo del ideal quijotesco de esfuerzo y riesgo: “antes se ha de perder por cartas de más que de menos”, nos enseña el caballero. No deja de admirar que luego de ser apedreado por los mismos hombres a quienes dio la libertad, don Quijote siga resueltamente la carrera del bien como un “oficio”: es decir, como una vocación gracias a la que ha encontrado su .lugar en el mundo más allá de relativismos, pues para Quijote la recompensa de un buen acto está en el mismo acto, y una vida moral no puede ser abandonada porque no culmine en el éxito. Esto basta para justificar a don Quijote y a su voluntad de hacer el bien como un fin en sí mismo, aunque los medios no sean los más pertinentes. Y si algún lector no llegase a percibir la transformación de nada ni nadie en la novela, es indudable que él mismo sí resultará transformado, pues luego de recorrer la obra no podrá ya nunca renegar del bien.

Otro tanto ocurre en “Romeo y Julieta”. Una vez embebidos de la tan clara visión materialista y sexual del amor que sostiene Mercutio, y de la tan firme concepción del matrimonio como una posibilidad de ascenso en la escala social que Capuletos sostienen, el “lector en el aula” asiste en la última escena del primer acto al primer diálogo de los protagonistas, cuando entre ambos construyan una breve alegoría. En ella Julieta es elevada al rango de “imagen sagrada” y Romeo al de “buen peregrino”. La escena es singular en la obra, pues muestra el pasaje de una Julieta niña, con nulas apreciaciones sobre el amor, a toda una heroína amatoria con una firme concepción sobre lo mismo que la habilita a reprocharle a su Romeo: “You kiss by the book”, frase de controvertida traducción, pero que en cualquier lengua connota el rechazo a una concepción del amor como mero intercambio o cumplimiento de reglas. ¿Este beso, con el cual se cierra el primer diálogo, es indicio incontrastable de un amor manifiesto? En el universo de las telenovelas que a veces precede a la recepción de la tragedia en nuestros jóvenes, no siempre. A eso se agrega que este arquetipo de hombre enamorado, que entrega todo y que muere por amor, es el que tanto se ha retratado en películas y libros de nuestro siglo y de los siglos anteriores, con el objetivo de conseguir la lágrima fácil de los más sentimentales, lo cual casi siempre es alcanzado. Por eso nuestro estudiante aquí debe distanciarse de sus códigos, tanto en lo que tiene que ver con la seducción como con el amor mismo. Porque Romeo Montesco no puede proseguir este diálogo en pos de seducir a Julieta en el facebook, como lo hacen nuestros jóvenes de hoy; su única posibilidad es en este lugar y en esa noche.

El amor, que termina de instalarse aquí como tema central de la obra, se nos presenta un tanto idealizado, adornado hasta con ciertos rasgos propios de las novelas de caballería, pero enfrentándonos a la lucha de los amantes por salvar todas las dificultades en pos de conseguirlo. Unas horas más tarde Julieta, sabiéndose ya enamorada de Romeo, solo querrá saber si él corresponde a este sentimiento, porque de ser así, eso bastará para que ambos sellen sus vidas y sus muertes juntos. Estos dos diálogos, o diálogo en dos momentos, de la famosa pareja shakespearena puede – distanciamiento y apropiación mediantes, si el profesor se empeña en ello - constituirse en frontal embestida del amor no mediatizado, no postergado, el amor como soporte ontológico que hoy flaquea tanto en la vida como en la literatura.

Aceptados estos presupuestos, y aplicados en ocasión de tales paradigmas - acuñados en las edades primeras de nuestros tiempos modernos - reafirman una vez más que poco se sabría hoy sobre el amor, sobre la muerte, sobre el bien, sobre el ser, si tales ideas no hubiesen sido vertidas en letra de molde en nuestros clásicos del 1616.-

**Bibliografía**

Albistur, Jorge: “Después de cuatro siglos, el Quijote nos lee todavía”. Boletín de APLLU, Año XI, Nro. 44. Montevideo, 2005.

Albistur, Jorge. “Leyendo el Quijote”. Ediciones de Banda Oriental. Montevideo, 1968.

Astrana Marín, Luis. Estudio preliminar – Vida y obras de Shakespeare. Aguilar, S. A. de ediciones. Madrid, 1951.

Bradley. A.C. “Romeo y Julieta”. Ediciones de la casa del estudiante, Montevideo, 1975.

Burgueño, M.E. y Viroga, Silvia. “De la página en blanco al sillón”. Revista Relaciones, Nro. 48, Montevideo, 1988.

De Cervantes, Miguel.” Don Quijote de la Mancha”. Edición del IV Centenario. Real Academia española. Asociación de academias de la lengua española, 2005.

De León, Eduardo. “Posmodernidad autocomplaciente. La nueva subjetividad. Revista Relaciones, Nro 58, Montevideo, 1988.

Casar, José I. “La nueva modernidad económica”. Revista Relaciones, Nro. 78, Montevideo, 1990.

Martínez, Gustavo: “Historia e historias en Don Quijote”. Boletín de APLU; Año X. Montevideo, 2005.

Peña Martín, Cecilio: “Cervantes”. Ediciones de Banda Oriental. Montevideo, 1978.

Pinillos, José Luis. “Modernidad, muerte y transfiguración”. Revista Relaciones, Nro. 49, Montevideo, 1988.

Ricoeur, Paul. “Del texto a la acción. Ensayos de hermenéutica II. Fondo de cultura económica. México, 2002.

Shakespeare, William. Obras completas. Aguilar, S.A. de ediciones. Madrid, 1951.

|  |
| --- |
| . |